

M. MARKUSEN

Alma

desANGRADA

TRILOGÍA DE ALAN Y AMANDA 2

THRILLER

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del M. Markusen. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© M. Markusen, 2021

Instagram @marcmarkusen

www.mmarkusen.com

Corrección por @secretosenlibros en Instagram

Letra de canciones autorizadas por el **grupo Shirocco** para uso exclusivo en esta obra, sin autorización para recibir beneficios fuera de la misma.

Primera edición 2021

Safe Creative 'Alma Desagrada' 1589657239125

Todos los derechos reservados

Qué jodida es la vida, ¿no crees? Mientras estoy sumida en una profunda oscuridad, escucho voces a mi alrededor que no llego a entender, como si hablaran bajo el agua. Intento recordar algo de mi pasado, pero mi mente está en blanco. Sumergida en agua y con la mente en blanco, eso no me da muchas opciones para saber quién o qué soy. ¿Un pez? Un pez pensante, ¡ni que esto fuera un dibujo animado! ¿Un feto? Es imposible que sea un feto, no tendría la capacidad de meditar sobre mi propia existencia, a no ser que sea una capacidad innata en los bebés que desaparece involuntariamente al pasar unos minutos después de venir al mundo. Siendo así, supongo que debería disfrutar de esta capacidad mientras dure.

Un momento..., veo una luz. ¡Sí, es la luz! Mi madre debe estar de parto. No la escucho gritar. ¿Le habrán administrado epidural? Es más. Si soy un recién nacido, ¿cómo es posible que conozca la anestesia epidural?

Nazco.

Joder, ¿cómo me escuecen los ojos!

Veo, pero no puedo distinguir nada; alguna sombra y alguna forma, poco más. Apenas puedo moverme. Al parecer, no soy un bebé, soy una mujer adulta. ¿Dónde estoy? ¿He muerto y esto es el cielo? Me duele todo el cuerpo. Estoy tumbada sobre una confortable cama, tapada con una ligera sábana y rodeada de una agradable temperatura. Si este lugar es el otro mundo, he de admitir que no está tan mal.

Intento mover mis brazos y no lo consigo. No estoy amarrada a nada, no te preocupes; no consigo moverlos porque pesan una barbaridad y por mucho que les envío mi energía, estos ni se inmutan. Estoy tan débil que me cuesta hasta parpadear.

De fondo suena una dulce canción de los años cincuenta en inglés; parece agradable, aunque no entienda lo que dice la cantante. Poco a poco, mi vista se aclara y veo con más nitidez. Lo que hace un minuto era una sombra cuadrada, es ahora una ventana y, apoyada sobre la repisa de esta, se forma una maceta con unas pocas flores vivas y resplandecientes. Justo a mi izquierda hay una máquina que pita, segundo a segundo, con un sonido ligero e infinito. Parece que mis oídos funcionan bien. Actualizo la información del mundo que me rodea. Soy humana, mujer, y no sé dónde estoy ni quién soy.

¿Y tú? ¿Qué eres? ¿Cómo debería llamarte? No sé si eres lector o lectora, así que te llamaré Lecter. Horrible, ¿verdad? Busquemos otro apodo mejor. Veamos... Me observas, pero no hablas, o quizá sí hablas, pero no puedo escucharte. Me parece más adecuado llamarte Centinela. ¿Te gusta? Realmente no importa, no vas a responder, así que te llamaré como me dé la gana. Quedémonos con Centinela, creo que es un apodo con mucha clase.

Alguien entra tarareando la canción que suena. Se pone a ordenar el lugar y me ignora. Por el uniforme parece una enfermera. Pienso que no se ha dado cuenta de que mis ojos están abiertos. Tengo secos los labios; los relamo para humedecerlos. Me parece que puedo hablar.

—¿Hola? —pregunto a la figura que pasea—. ¿Dónde estoy?

Se sobresalta y rápidamente llama con su móvil a un tal doctor Kane. Parece la voz de una mujer madura de unos cincuenta años, supongo. Aprovecho para intentar mover los brazos por segunda vez, y lo consigo. Palpo la superficie de mi cuerpo para asegurar que todo está bien y no tengo cicatrices extrañas. Tras una rápida exploración, parece que todo está donde debe estar. La enfermera cuelga y se acerca. Mi vista no se ha recuperado del todo y no distingo los detalles de su cara. La veo borrosa, como un cuadro todavía fresco estropeado por la mano de un niño travieso.

—Tranquila, niña. Pronto llegará el doctor y te echará un vistazo —me explica—. Ya era hora de que volvieras. —¿Ya era hora? ¿Qué quiere decir?—. ¿Quieres un poco de agua?

Un momento... ¿Ha dicho, niña?

—Se lo agradecería, sí, pero antes necesito saber dónde estoy y qué hago aquí.

—Estás en un hospital —dice mientras se aleja. Escucho cómo se llena un vaso de agua en una dispensadora. Las burbujas suenan por turnos—. El doctor te explicará por qué estás aquí. —El vaso aumenta la intensidad de su onda de sonido mientras se llena—. He visto cómo te tocabas para asegurar que estabas entera. Tranquila, no estamos experimentando contigo. Esto no es un laboratorio oculto bajo una mansión ni una base secreta del gobierno en mitad del desierto que investigue portales cuánticos —ríe con delicadeza.

Tiene un sentido del humor un poco macabro.

Me da el vaso y bebo. El agua es fresca y agradable.

Pasan los minutos. La enfermera se queda sentada a mi lado y charlamos un poco. Su voz me reconforta. De una forma que no alcanzo a comprender, una parte de mí siente que está donde debe estar, como en un sueño, por eso estoy relativamente tranquila.

Seguro que tú soñaste alguna vez con un mundo inundado por pollitos, Centinela, y a pesar de la bizarra situación te pareció lo más normal del mundo pasear entre millones de bolas amarillas que chillaban y revoloteaban a tu alrededor. Yo me siento más o menos igual. Desorientada, pero aceptando lo que ven mis ojos.

—¿Qué recuerdas? —pregunta—. ¿Puedes recordar tu nombre?

Lo intento.

—¿Mi nombre? Recuerdo algo como Am... An... Antoni... Amanda. Me llamo Amanda.

—Muy bien, eso es. Te llamas Amanda —felicit a un hombre que irrumpe con una voz grave y madura. Se aproxima con una bata blanca y acompañado de alguien con un traje oscuro—. Enfermera, puede marcharse. Gracias por avisarme. —La enfermera se despide cordialmente, sale por la puerta y desaparece—. Bien, Amanda. Empezaremos comprobando cómo están tus ojos.

Poco a poco, todo se aclara y veo mejor. Estoy llena de tubos, ¿para qué? Ni idea. Puede que alguno sea para el pulso, y lo he supuesto sin pensar.

— Parece que voy recuperando la vista. Casi puedo distinguir su cara, doctor.

— Esa es una señal muy buena. — Se sienta en un taburete, justo a mi derecha—. ¿Cómo te encuentras? ¿Te duele algo?

— Todo el cuerpo. Apenas puedo moverme.

Es joven, de unos treinta años. Sus ojos son de un verde brillante. Tiene el pelo corto y algunas canas empiezan a aparecer. Su piel está muy cuidada y yo diría que se ha operado algo. ¿La nariz? La piel de esa zona brilla como la plastilina mojada, así que probablemente sí.

— Tranquila, te recuperarás. Has pasado demasiado tiempo en la cama sin moverte.

— ¿Y usted es...?

— Doctor Samuel Kane. Mi acompañante... Bueno, él...

El hombre del traje negro le interrumpe.

— Dejaremos las presentaciones para después. Atiende primero a la paciente; ella es más importante. ¿Qué recuerdas, Amanda?

Es un chico más joven que Samuel. Aparenta unos veinte años. Me mira fijamente y está algo tenso. Parece un estudiante en prácticas. Tiene los ojos profundos y marrones, el pelo largo de color castaño brillante peinado hasta la nuca con algo de gomina, una espesa barba oscura, y una cicatriz en la mejilla izquierda de unos cinco centímetros.

El olor de la figura oscura es agradable e hipnótico. ¿Alguna vez te ha pasado, Centinela? ¿Sentiste que un olor despertó tu interés? No me refiero a un perfume caro o a una colonia sobre la que gire la leyenda de estar hecha con feromonas, no. Me refiero a un aroma tan atrayente que te den ganas de darle un mordisco.

— Recuerdo que me llamo Amanda y creo que tengo... ¿veinticinco años?

— Eso es, tienes veinticinco años — confirma Samuel—. Sigue así, no hay prisa. Céntrate.

Intento concentrarme, pero es difícil. Estoy agotada.

—No consigo recordar nada más, doctor.

—Tranquila, no te preocupes. Llámame Samuel. Si me hablas de usted, me harás sentir mayor, y todavía soy joven —ríe—. Respira profundamente y no pienses, solo intenta recordar.

—De acuerdo, lo intentaré.

Me acomodo sobre la cama y hago lo que me dice.

—Inspira, espira —susurra—. Suavemente.

Repito varias veces.

—Un momento, me parece que... Recuerdo ver una intensa luz, como de fuego, y un ruido fuerte. ¡Hubo una explosión! Caí al suelo y sentí un dolor intenso y penetrante. Tenía quemaduras y cortes por todo mi cuerpo. Mis oídos pitaron y no pude ver nada debido al humo.

—Continúa —me pide con voz muy baja la figura de traje oscuro—. Necesitamos que recuerdes todo lo que puedas, es importante.

Repito las respiraciones.

—La luz se aclaró tras unos minutos y el pitido se redujo. Recuerdo gritos de gente, mucho fuego y asfixiante humo. Algunos heridos se arrastraron como podían, pidiendo ayuda. Personas que presenciaron el desastre llamaron por teléfono a emergencias e intentaron socorrer a los heridos. Nadie tiene rostro; no recuerdo las caras.

—Sigue recordando.

—Alguien estaba a mi lado tras la explosión, un niño, un... un... ¡William! ¡No, no! ¡Mi hijo! ¡¡William!!

La habitación del hospital se ha esfumado con un parpadeo. Estoy bocarriba, sangrando y luchando por respirar. Pongo el cuerpo de lado y escupo mucha sangre. Mis pulmones roncan con fiereza porque el polvo y el humo los obstruye. Tengo que moverme para buscar a mi niño. No me importa morir por el esfuerzo, tengo que asegurarme de que William sigue vivo. Grito y aprieto los dientes debido al dolor que me produce apoyar los codos y hacer fuerza para moverme. Escupo sangre otra

vez y mancho mis manos. Sabe rara, como el metal oxidado. Mierda..., creo que moriré. Hay fuego y trozos de madera por todas partes. Algunas sillas se queman despacio y descansan boca abajo. Veo varios cuerpos muy dañados. Unos cinco o más, no sabría decir la cantidad exacta. Uno está bocarriba y tiene los intestinos tapándole la cara; lo peor es que sigue vivo. A otro le falta un brazo y se asoma un hueso con carne por lo que queda de él, pero por suerte parece que no respira. Un tercero se arrastra, con el poco pelo de la cabeza que le queda calcinándose, mientras su cuerpo se quema y su cara gotea piel fundida. El suelo recién pulido refleja el brillo del fuego bailando. El humo se dispersa. Un cartel está a punto de caer. ¿Cafetería? ¿Estábamos tomando un café? No importa, tengo que concentrarme en encontrar a mi pequeño.

Encuentro a William tras reptar un par de metros con los codos. Está boca abajo. Cae sangre por mi frente y no me deja verlo bien. No se mueve. Despierta, pequeño, ¡despierta! No, ¡esto no! Mi pulso se acelera y siento una presión fuerte golpeando mi pecho. Mi corazón va a explotar. Mi niño, con sus cinco años, está ante mis ojos y no respira. ¿Ha muerto? ¡William! Un momento... Recuerdo a... ¿Y mi hombre? ¿Lance? Él también. ¿Dónde está? ¡Lance! Lo veo, a unos tres metros, bocarriba y con la cara ensangrentada. ¡Necesito saber si está vivo!

—¡Amanda, respira! —Samuel grita e intenta hacerme regresar—. ¡Vuelve, por Dios! ¡Respira!

Estoy de nuevo en la habitación del hospital.

—¡William! ¡Lance! —grito con fuerza y golpeo la cama.

Samuel y el hombre del traje negro están a mi lado, sujetándose perplejos.

—¡Amanda, respira!

La cama está deshecha y tiemblan mis manos. Intento calmarme.

—Estoy bien. —Trago saliva—. De verdad, estoy bien. He visto fuego y muerte. Fue muy real. ¿Qué me acaba de pasar?

—Has sufrido un shock debido al estrés, es normal —explica Samuel—. ¿Qué has recordado?

—Una explosión en un centro comercial. Estaba con William, mi hijo de cinco años, y Lance, mi marido. Mucha gente murió. Tengo la mente en blanco y solo recuerdo ese desastre, nada más, pero sigo sintiendo amor por los dos; lo noto en el corazón y me deja llena de pena. Quiero llorar y no puedo. El resto de mi vida se ha borrado, no hay nada. Dios... Qué sensación más extraña.

Echo los brazos por detrás de mi cabeza. Tengo el pelo largo, peinado hacia atrás. No pasa de la nuca.

—¿No recuerdas nada más? —pregunta el hombre con traje.

Lo intento, de veras, pero nada. Estoy en blanco. Niego con la cabeza.

Samuel acerca algo cuadrado del tamaño de una mano abierta.

—Bien, mira aquí y dime qué ves —ordena.

Es un espejo. Una chica joven y desconocida se asoma, con unos brillantes, salvajes y fieros ojos oscuros, el pelo negro y una expresión fatigada. No hay restos de la explosión en su piel.

—No tengo recuerdos de mí misma. Desconozco a la mujer que veo.

—Vaya... Esas no son buenas noticias —se lamenta Samuel.

Abre un maletín pequeño y me muestra una foto. Es de un hombre recién afeitado y muy atractivo mirando a cámara, con ojos azules, pelo corto y rubio.

—¿Quién es? —pregunto.

—¿Estás segura de no recordar a este hombre? —se extraña Samuel.

—¿Es alguien importante?

—Amanda, el hombre de esta foto es Lance, tu marido. —Me muestra otra. Es de un niño pequeño, de pelo largo y rubio, ojos oscuros y una sonrisa mellada—. Este es William.

—¿Ellos son...? —Me echo a llorar. Por Dios... El dolor y la pena me superan—. No puedo con esto, Samuel. ¿Por qué no puedo recordarlos? ¿Qué me pasa?

Me da cordialmente un pañuelo para limpiar mis lágrimas.

—Te explico, Amanda. Lo que te pasa es bastante común. Ocurre cuando el sujeto pasa por una experiencia extremadamente traumática. Se llama “amnesia disociativa”. Es como si tu mente hubiera bloqueado parte de tus recuerdos para eliminar un trauma severo —explica Samuel.

—¿Una parte? Solo recuerdo las muertes de mi marido y mi hijo. No he reconocido sus caras ni la mía. ¿Quieres decir que viví cosas peores que esa y mi cabeza las ha borrado? ¿Dónde está el resto de mi vida?

—Cálmate, Amanda. El problema es que las lagunas pueden ir de minutos de tu vida hasta décadas, y me parece que ha sido lo segundo. Entiendo que estés preocupada, pero no suele ser permanente. Con algo de terapia y un poco de tiempo, tus recuerdos volverán. Aunque no te mentiré, en el mejor de los casos recuperarás la memoria en unos días y en el peor en varios años. Por desgracia, es imposible saber cuánto tiempo necesitarás; dependerá de lo que tarde tu mente en adaptarse.

—Lo que acabo de recordar, ¿ocurrió de verdad?

Samuel se remanga y suspira y, a la vez, acerca un poco su taburete a mí.

—Verás, Amanda. Hace seis meses hubo un atentado en un centro comercial. Fuiste con tu hijo William y tu marido Lance a tomar un café, y ocurrió. Mucha gente inocente murió. Según el informe oficial, unas diez personas perdieron la vida, incluido el dueño del local. Cazaron al responsable. Dijo que puso el explosivo porque una voz le pidió que lo hiciera. Ahora está en un centro de salud mental. Estabais en el lugar equivocado, en el peor momento. Sobreviviste, sin embargo, entraste en un coma profundo. No sabíamos cuándo ibas a despertar ni cómo estaría tu memoria o tu salud, pero por suerte sigues viva y de una pieza, aunque debes estar agotada.

¿Qué acaba de decir?

—Samuel, ¿insinúas que llevo dormida...?

—Seis meses, sí —confirma.

Un vacío en el corazón me ahoga. ¿Es el dolor desconocido de otra Amanda el que debo aprender a cargar y soportar? Me

parece que sí, al menos hasta que mi memoria vuelva a ser la que era.

—William y Lance, ¿dónde están? —pregunto.

Samuel acaricia su pelo y el hombre de negro resopla.

—Ellos... —murmura Samuel, mirando al hombre sentado con traje negro.

Centinela, no soy estúpida. Sé lo que me dirá. Han muerto.

—Dilo, Samuel. Ellos han muerto, es obvio. —El dolor me oprime cada vez más—. Siento su pérdida, aunque no los recuerde.

Ambos doctores conectan sus miradas de reojo. Samuel levanta el dedo índice y abre la boca para hablar, pero el hombre de negro se adelanta y le interrumpe.

—Efectivamente, ellos murieron, como acabas de decir. Mi nombre es Dennis. Atendí a tu marido y a tu hijo. No se pudo hacer nada por ellos.

Pasamos unos segundos en silencio, como si fuera una especie de luto. Quiero recordar la voz de mi pequeño, sus primeras palabras y su risa; las manos de mi hombre acariciándome durante la noche, su voz y su olor. No lo consigo, mi cabeza es un profundo vacío. Este pesar es muy complejo, como cuando sabes que perdiste algo y, sin embargo, no recuerdas el qué.

—¿Dónde están ahora? ¿Dónde están sus cuerpos? —pregunto, y Dennis responde.

—Incinerados. Tiramos sus cenizas al mar por un acantilado, cerca de un antiguo orfanato. Buscamos en los registros información sobre ti y, tras realizar algunos trámites burocráticos, conseguimos el testamento de Lance y cumplimos con su última voluntad. Obviamente, todas sus posesiones son ahora tuyas.

—¿Qué posesiones? ¿Dónde vivíamos?

—Ve despacio, Amanda. Estás exhausta —pide Samuel—. Has recibido una montaña de información en muy poco tiempo. Primero tienes que centrarte en tu recuperación, y para ello deberás seguir un tratamiento y hacer algo de ejercicio. Creo que en pocos días mejorarás y te podrás marchar.

—Supongo que tienes razón —afirmo—. Necesito recuperarme.

—En ese caso, Dennis, será mejor dejar a Amanda tranquila para que pueda descansar. Yo me encargaré de su recuperación, ¿de acuerdo? —recomienda Samuel.

—Bien, como quieras —acepta Dennis.

—Cuando te dé el alta, te entregaré tu documentación. Pienso que una terapia de grupo te vendrá bien. A muchas personas con un trauma similar al tuyo les sirvió de ayuda relacionarse con más gente y hablar del pasado. Conocerás a otros con un dolor parecido, y eso es bueno. —Samuel saca un recipiente pequeño y sin etiqueta de su bolsillo—. Toma esta medicación, te ayudará a recuperar la memoria. Dos pastillas al día, antes de comer, ¿de acuerdo?

Las examino. No tienen nada destacable, son simples pastillas blancas y diminutas.

—De acuerdo.

Las dejo sobre la mesilla.

—Recuerda llevarlas siempre contigo —dice Dennis—. Ahora descansa, Amanda, lo necesitas. Mañana empezarás la rehabilitación en el gimnasio. No te has movido nada durante seis meses y tus músculos están atrofiados.

QUINCE DÍAS DESPUÉS, NO RECUERDO MI CASA

Samuel y yo estamos sentados en su coche frente a las puertas de mi casa tras pasar un puesto de guardia. ¿Vivo en una urbanización privada? Es mi casa porque él lo dice, yo no la recuerdo.

Ha sido muy amable al traerme.

Durante el día hace calor, sin embargo, cuando el sol se esconde y llega el ocaso como ahora, refresca un poco. Hace frío, pero es soportable.

Echo un ojo al lugar. Es un barrio muy pulcro, sin un papel o colilla tirada por el suelo. Busco a algún vecino, pero no hay nadie. Parece una zona de clase alta, aunque sin pasarse. Perfecta para ciudadanos que viven con comodidades, aunque sin la intención de dominar el mundo. ¿Lance, William y yo vivíamos aquí? Es una maravilla. La luz de la luna resalta el blanco de las paredes y se refleja sobre las ventanas de la segunda planta de ¿mi casa? Sigo sin creerlo.

Salimos del coche y estiramos las piernas. Es un todoterreno con una pintura brillante y aroma a caro. Casi nuevo, no tendrá más de dos años.

—Bien, aquí estamos —dice Samuel cerrando las puertas de su coche. Hace rato que sigo mirando la fachada, perpleja—. ¿La recuerdas?

—¿Realmente vivo aquí? —pregunto—. ¿Me tomas el pelo? Se ríe de mí.

—Eso parece. Aquí tienes tus llaves y tu identificación para entrar en la urbanización. —Me entrega todo—. Literalmente estás en tu casa, así que puedes hacer lo que quieras. Te llamaré para firmar los documentos en breve y así puedas tener acceso a tu cuenta bancaria. La burocracia se mueve despacio. Pienso

que con esto te las apañarás de momento. —Me da una tarjeta de crédito—. Un contacto mío es abogado y, tirando de algunos agujeros legales, he conseguido sacarte algo de dinero de tu cuenta para que vayas tirando. Tiene saldo suficiente para cubrir varios meses.

—Yo, ¿dónde trabajaba? —pregunto a Samuel—. ¿A qué me dedicaba?

No lo recuerdo.

—Amanda, solo Lance trabajaba —suspira Samuel—. Preocúpate por recuperar la memoria, eso es lo primordial ahora. Entra en casa y descansa un poco. Recuerda que debes tomar tu medicación correctamente, es muy importante. Si se acaban las pastillas, llámame o ven a visitarme, ¿de acuerdo? En tu móvil he puesto mi dirección, por si la necesitas. Si tienes que coger un autobús, hay una parada en una plaza a dos calles de aquí.

Me da un móvil. Es táctil y tiene Internet. Solo han pasado seis meses y los teléfonos inteligentes apenas han cambiado. Lo pruebo. Tiene lo de siempre, redes sociales, noticias y juegos basura. Un momento..., algo no cuadra.

—¿Cómo es posible que sepa que esto es un móvil? —pregunto, confusa.

—¿Por qué no te asustaste al verte? En teoría, no deberías recordar cuál es la forma de un ser humano, ¿no? —se burla Samuel—. Tu mente borra de su memoria recuerdos de eventos, no del entorno.

—Comprendo.

—No pienses tanto, Amanda. Por cierto, mañana a las seis de la tarde tienes tu primera sesión de grupo y ya estás apuntada. La directora se llama Diane, es amiga mía. Puede que conozcas a otras personas que perdieron a alguien el mismo día que tú. Te vendrá bien, ya lo verás. La dirección está anotada en la agenda de tu teléfono.

—Perfecto, gracias —sonríó amablemente, jugueteando con mis llaves.

—Ojo con la señora de la limpieza; es muy buena persona,

pero está como una cabra. Te caerá bien —explica Samuel entrando en su coche. Abre la ventanilla para decirme una última cosa—. Si consigues recordar algo, por insignificante que te parezca, por favor, llámame. Si tienes algún problema con la medicación o no te encuentras bien, también me llamas. Estaré disponible todo el día.

Arranca y me deja sola.

¿Este es mi hogar, grande y robusto? Es una maravilla, pero está vacío, sin alma. Siento en mi estómago la pérdida de mi familia, como si no recordara cuándo me hice una cicatriz que se abre de nuevo, manchándolo todo con sangre.

Abro la puerta principal y el silencio me saluda. Todo está perfectamente limpio y huele a flores. Justo al pasar un recibidor con un espejo para dejar los objetos personales, hay una escalera que sube a la planta superior y da al baño de invitados y a dos dormitorios. Recto y rodeando la escalera se llega al baño principal y a un acceso al jardín. A mi derecha hay una cocina enorme con una isla central. Lujo al extremo. Mañana lo examinaré todo con más calma, ahora necesito un respiro. A la izquierda hay un salón comedor y en él un sofá enorme de piel sobre el que cabría un equipo de fútbol entero. Frente a este reposa una televisión plana acorde a su tamaño. No entiendo nada de televisores. ¿Cincuenta pulgadas? Puede, o quizá más. Bajo ambos, está tumbada una gran y cálida alfombra roja decorada con dibujos enlazados en negro. No soy capaz de asimilar tanta información, tampoco recuerdo haber tenido una casa tan impresionante.

Por un instante estuve cerca de sonreír de oreja a oreja, disfrutando del momento, saltando como una niña pequeña emocionada al recibir el mejor regalo de su vida, pero ellos han vuelto a mi cabeza, William y Lance, y con su presencia espiritual también lo hicieron el dolor y la angustia.

No quiero ver nada más de la casa, ya tendré tiempo. Me acomodo en el sofá. Suelto aire y me relajo. Hay una mesita con un par de mandos al final de la *chaise longue*. Imagino que el más grande será el de la televisión. Pruebo a tocar el botón de

encendido y funciona. Zapeo, canal tras canal y programa tras programa. Nada me convence. Estoy tumbada, relajada y me dejo llevar, aunque no consigo dormir. Las horas pasan y pasan. Veo unas tres películas en un reproductor, enteras. Si puedo sacar algo bueno de perder la memoria es que no recuerdo ninguna de las películas que pongo; ha sido como verlas por primera vez.

Termina el empalagoso y sobreactuado romance de dos protagonistas de belleza perfecta. Otra película. ¿Una detective superdotada que resuelve crímenes? Es obvio, es superdotada. Así también los resolvería yo. En fin...

Sigo sin poder pegar ojo.

¿Qué veo ahora? Dejo las películas. Otra vez zapeo. Al final me decido por un reality algo cutre.

—Amanda..., echaba de menos susurrarte.

Creo escuchar una voz grave.

¿Fuiste tú, Centinela? Lo dudo, no hablas. Habrá sido algún vecino con el móvil o canturreando, aunque eso no es posible; casi todos tienen vehículo propio. Cada vecino se montaría en su coche, moto o patinete eléctrico, y no pasaría por delante de mi casa caminando, hablando o llamándome.

En fin... Supongo que será algo normal, producto del estrés.

¿Por qué no consigo dormir? Este sofá es extremadamente cómodo, debería caer rendida. Seguiré viendo el reality, que todavía no ha terminado. Trata sobre una casa en directo donde todos se encierran, comen, cagan y copulan. Una chica joven me mira llorando desde la pantalla, sentada y hablando a la audiencia. Es guapa y está muy bien vestida.

—Esta noche no me pusieron la cantidad para la cena que acordamos. Llevo toda la maldita mañana limpiando y quedamos en que si yo me encargaba de las tareas, me tocaría más cantidad de comida a mí que a los demás —explica la concursante—. ¡Es injusto! ¡Son unos cabrones mentirosos!

—¿De qué coño te quejas? —respondo a la llorona—. Yo perdí a mi hijo y a mi hombre, y apenas los recuerdo. Este dolor me atormenta y se clava en mi cabeza.

—No eres más que una sombra olvidada, Amanda. Tu vida no le importa a nadie —inrepa la concursante—. A mí me escuchan. Si lloro, todos harán lo mismo. Saldré en la portada de revistas mientras tu marido y tu hijo pasarán al olvido.

—*Amanda, ¿estás aquí, fuera de La Zona Muerta?*

Otra vez, esa voz, grave y masculina, ahora más cerca.

Me pone nerviosa.

—¿Quién eres? —pregunto, pero nadie responde.

—¡Qué estúpida eres! —se burla la concursante.

Se ríe de mí con un ego desmedido.

—*Has estado fuera de La Zona Muerta demasiado tiempo.*

Otra vez me habla la voz, esta vez, al interior de mi cabeza directamente. Me susurra y me rodea. Es oscura y grave, casi incomprendible. Parece llegada de otro mundo.

—*¿Cuándo piensa volver?* —pregunta una voz diferente, aguda, femenina y chillona.

—*Tendremos que obligarla a llegar a nosotros* —explica la voz grave.

—*¡Que vuelva ya!* —se queja la chillona en el interior de mi cabeza—. *¡Mis cazadores tienen hambre!*

Un escalofrío recorre mi espina dorsal, suavemente, como un dedo acariciando mi piel casi sin tocarla. Alguien lanza su aliento sobre mi nuca. Mi corazón se acelera debido al miedo y al placer que también me hace sentir. Respiro más deprisa. Mis pulmones no rinden lo suficiente para abastecer a mi cuerpo de oxígeno.

—¿Dónde miras? ¡¿Me estás ignorando?! —se enfada la joven de la televisión—. Odio que me ignoren. ¡Mírame!

No me puedo mover.

Las palmas de las manos de la concursante se apoyan por detrás del cristal y empujan. Enseñando los dientes y ampliando el grosor de sus brazos por el esfuerzo, consigue agrietarlo. Toma aire, da otro empujón y lo rompe. Sale del televisor, con la piel clara y unas uñas perfectas; incluso yo diría que ligeramente brillantes. Se aferra a la alfombra y la utiliza como

agarre para acercarse a mí, ayudándose con sus brazos. Atraviesa mi alma con su mirada y siento su odio por ignorarla, ansiosa por llegar al sofá y alcanzarme.

—*¡Se acerca!* —se burla la voz chillona, canturreando y riendo—. *¡Viene a por ti, Amanda!*

La joven concursante está un poco más cerca de mí. Su rostro se enrojece, su piel se oscurece y su cuerpo se deforma según se aproxima, centímetro a centímetro; crecen sus ojos y las venas de estos.

El salón se envuelve con una luz roja, y un leve sonido, parecido al silbido de un niño, suena por todas partes. Las paredes palpitan. Siento sus latidos en el interior de mi oído. No puedo moverme. Me encuentro atada por el pánico en el que estoy a punto de entrar.

La joven es ahora una horrenda figura amorfa. Tiene una nariz colosal y puntiaguda que moquea, con orificios grandes y redondos que limpia con su lengua y por los que cabrían tres dedos; sus ojos son más grandes que mi mano y lloran sangre. Sonríe vilmente con su enorme boca, ansiosa por beber mi sangre y devorar mi carne con sus dientes puntiagudos; su piel está arrugada y cuelga despegada del músculo, desprendiendo un olor agrio y asfixiante.

Me tiene acorralada.

Llega a mí.

—Eres una llorona, niña —se burla, alzando su mano.

Su voz es oscura y le cuesta pronunciar palabras por culpa de unos trozos de su anterior víctima que todavía digiere y habitan en su garganta al no haber cabido en su estómago lleno.

Introduce su dedo índice en su ojo derecho, entre la cuenca y la nariz. Jugo de carne y masa gris brota alrededor del ojo debido a la presión. Chilla de dolor y su voz se escucha por encima del silbido del niño. Hace lo mismo con el resto de los dedos, rodeando el ojo, menos con el pulgar. Aprieta tanto los dientes que algunos se rompen y caen por su labio inferior, ahora sangrante. Por último, introduce el pulgar por el otro lado y agarra su ojo. Tira de él y sale despacio, con un sonido

carnoso y repugnante, mientras la bruja chilla como un animal siendo degollado. Cada vez que abre la boca para gritar, escupe sangre que desprende un ligero vapor caliente y mancha mis pantalones. Separa el ojo del nervio con un fuerte tirón; este se queda colgando como un cordón desatado. Me muestra su ojo, orgullosa, como una niña pequeña con la mitad de los dientes de leche caídos, enseñando su juguete favorito. Por el hueco de la cuenca se ve la carne todavía palpitante y caliente que protegía el ojo.

—*Quiere matarte, Amanda; quiere comerte y lo hará* —dice la voz grave, susurrando a mi oído.

—Aquí tienes mi ojo, niña, para que te ayude a contemplar tu mundo —ofrece el engendro—. ¿No puedes ver más allá?

Lo aprieta hasta aplastarlo, transformando su receptor de luz en una masa blanca espumosa que brota entre sus dedos. De repente hace un calor insoportable. En pocos segundos el salón estalla en llamas. La bruja continúa mirándome a pocos centímetros, sonriente, sin parpadear con el único ojo que le queda. Sigue apretando su mano, por la que no deja de resbalar un continuo fluido baboso.

Escucho el grito de un niño, el grito de William, mi pequeño.

—¡Mamá, ayúdame, me quemó! —suplica por el dolor.

Necesito moverme para alcanzarlo, pero no lo logro.

—*Está solo y tú eres la culpable de su muerte* —insinúa la voz chillona.

—¡Mamá! ¡Me duele mucho!

Escucho cómo golpea las paredes, desesperado, quemándose. Pero no lo veo. ¿Dónde está?

—Puedes hablar con tu hijo, tienes mi permiso —me permite la abominación sin un ojo—. No lo tienes para moverte, joven-cita.

—¡William, resiste, mi vida! —le suplico.

Sus golpes aumentan de intensidad y frecuencia hasta un punto en el que se vuelven insoportables.

—¡Mamá, ayúdame! ¡No quiero morir! ¡Me quemó!

Las paredes palpitan. Se encogen y se agrandan hasta casi

tocarme. Los gritos de William se intensifican al sufrir mientras su piel se derrite. Tapo mis oídos con mis manos y cierro los ojos; ¡no quiero seguir viendo ni escuchando este horror!

—Ve a buscarle, te está llamando —sugiere la aberración, tocando mi pierna.

Abro los ojos y su cara toca la mía. Lo único que veo es su profunda garganta y sus puntiagudos dientes a punto de devorar mi rostro con solo cerrar su mandíbula. Asustada, la empujo con la planta del pie. Cae ligeramente, y con la otra pierna la golpeo con fuerza, dejando la marca de mi suela en su cara. Vuelve, quejándose por el dolor y refunfuñando, a meterse dentro de la televisión, caminando de espaldas a cuatro patas como un animal herido. La pantalla se balancea un par de veces por la brusquedad de la entrada y cae bocarriba.

Puedo moverme y me pongo de pie. Las paredes ya no palpitán, las voces ya no susurran y el fuego se ha apagado.

Tú, Centinela, has regresado y me das algo de paz.

Mis ojos se tiñen de negro con una mancha profunda y veo con más claridad, percibiendo cada detalle que me rodea. La mancha de mis ojos también nace de la punta de mis dedos, y varias suben, como una docena de grandes gusanos oscuros, hasta mi cuello, expulsando un humo gris que llena todo de niebla oscura.

Respiro con furia.

La tuerta intenta levantar el televisor zarandeándolo de lado a lado. Me recuerda a una tortuga bocarriba.

Doy la vuelta a una silla de madera, tiro de una de sus patas y la arranco. Parece una estaca para matar vampiros. Paso a paso, me acerco al televisor.

—¿Quieres levantarte? —pregunto a la horrible cíclope—. Déjame ayudarte, hija de puta.

Me subo encima del televisor y pongo un pie a cada lado. La tuerta rebobina. Su ojo crece de nuevo, su piel se aclara y su voz vuelve a ser dulce. La concursante joven ha regresado y me mira aterrada; sabe lo que voy a hacer con ella.

—Amanda, solo quería cenar un poco más, solo quería que

todos me quisieran —se disculpa—. Tenía hambre y tú... parecías tan apetecible...

Levanto la puntiaguda pata de la silla en lo alto con mis dos manos y la lanzo contra ella. Todos sus hermosos dientes se han restaurado al volver a ser una atractiva joven despreocupada y algo imbécil. Atravieso su boca, que se interpone en la trayectoria de la madera. La mitad de esos hermosos dientes se hacen añicos y rebotan por todas partes. Balbucea y escupe sangre que mancha la estaca de madera. Todo su cuerpo tiembla. La parte puntiaguda se ha clavado en su garganta y tengo que ayudarme con mis rodillas para estirar y sacarla. Tras conseguirlo, la chica moribunda levanta la mano y solicita compasión. ¿Compasión? ¿Estás de broma? Repito el golpe de estaca, ahora con más fuerza. Se rompen los pocos dientes que le quedan. Empujo hacia abajo la estaca y me cuesta mucho esfuerzo clavarla; es del mismo grosor que la garganta y por eso no entra bien. Sus pupilas están en la parte más alta, dejando casi los ojos en blanco. Intenta quitarse la madera incrustada en su boca con sus manos. Tose sangre que sale por los lados de la madera. Desde mi punto de vista, su habitación cae hacia abajo y también la sangre que chorrea por detrás de su cabeza; es como si estuviera a punto de caer por un precipicio. Repito el golpe, una y otra vez, sin parar. Tras cada impacto, mis manos, mi ropa, las paredes y el suelo se manchan de una monumental cantidad de sangre. Litros y litros vuelan por el salón.

Termino de matarla. Su cara parece un puré de carne.

Estoy exhausta.

—Maldita hija de... —susurro, jadeando y recuperando el aire.

¿Maldita qué? No está. ¿Dónde está?

Bajo mis pies, el televisor está completamente limpio, sin nada de sangre y con un agujero enorme en su centro. Por toda la alfombra hay esparcidos diminutos cristales de la pantalla. Mis pantalones están bien, de hecho, todo el salón está perfecto. Mi piel... mi piel y mis ojos ya no tienen manchas negras.

¿Qué está pasando? Centinela, ¿tú entiendes algo? Me vendría

muy bien un poco de ayuda para no perder la cordura. ¡Ah, no! Disculpa, olvidé que no puedes hablar, solo escuchar.

Mi teléfono emite un pitido; es un mensaje. Arriba pone la hora. Nueve de la mañana, ¿ya? Y sin dormir. En fin..., leo lo que he recibido. Es de Samuel.

«Amanda, solo quería saber cómo estabas. ¿Todo marcha bien? Si necesitas algo, no dudes en llamarme. Recuerda que debes tomar tu medicación como te dije, y que hoy a las seis de la tarde tienes la primera sesión de terapia de grupo. Te tratarán bien, son buena gente. Te recuerdo que la dirección está apuntada en las notas del teléfono, ¿vale? Cuídate.»

¡La medicación! ¡Es verdad! ¡No la he tomado! Busco la caja y trago dos pastillas con agua. Dijo que comiera algo, pero no tengo hambre.

Será mejor que intente descansar un poco; no quiero ir a terapia esta tarde sin haber dormido nada. Espero relajarme con la medicación. Subo por las escaleras en dirección al dormitorio. Mientras llego arriba, escalón a escalón, caigo en un detalle que antes no llamó mi atención. No hay ninguna foto en la casa.

DÍA DE LA PRIMERA CHARLA

La dirección indicada en la nota del teléfono, aquí estoy. En pleno centro de la ciudad, rodeada por el ruido del incesante tráfico y los abarrotados transeúntes, frente a un edificio de cinco pisos. Es muy antiguo, su fachada necesita unas obras de mantenimiento urgentes. La entrada está llena de basura. Es un antro, para qué nos vamos a engañar.

Todavía es de día. Es lo que tiene el verano; los días son largos y cálidos, aunque como dije, la noche es fresca y el ambiente es agradable. Llevo ropa ligera; camiseta corta roja, pantalón vaquero largo y deportivas blancas muy cómodas.

Entro por una gran puerta doble tras subir unas dañadas escaleras de ladrillo. A mi izquierda hay un ascensor obsoleto y ligeramente oxidado, y a mi derecha un recibidor con otra escalera. Samuel no especificó el número de piso ni la sala a la que tengo que ir. Genial. Tampoco hay a quien preguntar. En la recepción espera una mesa simple de madera con una silla del mismo material sin que nadie la esté ocupando. Encima de la mesa hay un par de panfletos de autoayuda. En todos aparece fotografiado alguien extremadamente feliz y saltando, mirando al sol, con una luz resplandeciente que hace brillar sus mejillas. Con títulos como «Supera tu Adicción», «Ámate a ti Mismo» o «Consigue Pasar Página».

¿Ámate a ti mismo? Este en concreto no sería recomendable llevarlo a un colegio lleno de adolescentes, podría dar pie a una confusión, y me parece que ya se deben amar a sí mismos lo suficiente como para incitarles todavía a más.

—¿Buscas a alguien, joven? —me sorprende una voz mientras ojeo los panfletos.

Una anciana toca mi hombro para llamar mi atención. Su cara se difumina por el humo de un cigarro que se aferra al

borde de su labio inferior. Tose un poco. Es muy bajita y está ligeramente encorvada, con gafas que se sostienen en la punta de su nariz, un mono de trabajo azul anticuado que termina en una falda y, bajo esta, cada una de sus medias cae a diferente altura que la otra. Por lo que veo, no cuida su uniforme porque está lleno de manchas y apesta a lejía. Carga con una fregona y un cubo lleno de agua negraapestosa. Da una última calada y lanza la colilla dentro del cubo que sisea como una serpiente al tocar el agua y apagarse.

Chasquea sus dedos frente a mis ojos para que preste atención a su pregunta en vez de a su apariencia.

—Ah, sí, perdone —me disculpo—. Tenía cita para una sesión de terapia de grupo. Me envía el doctor Samuel; creo que le conoce.

—Sí, suele pasar por aquí de vez en cuando.

—Me dijo que tenía que buscar a la directora Diane.

La anciana levanta las cejas y aparta un poco la vista.

—Diane, sí. Tienes que subir por las escaleras, primer piso, puerta mil ciento treinta y ocho. Están a punto de empezar. No te recomiendo el café. Tiene más mierda que el agua de mi cubo.

—Disculpe, ¿por qué ha puesto esa cara cuando he nombrado a la directora?

Saca un paquete de tabaco de su bolsillo y se enciende otro cigarro. Al ser tan mayor, dudo que esta señora se preocupe por el cáncer de pulmón a estas alturas.

Como se suele decir, "Para lo que me queda en el convento, me ca...". Tú ya me entiendes, Centinela.

—No pienses mal de mí —casi se le cae el cigarro al hablar. Se sube la media, pero vuelve a caer hasta su tobillo nuevamente—, es que me cae como un escupitajo en la cara. Siempre está agobiando a los chavales con su bondad, su filosofía de pasar página y toda esa mierda.

—¿Usted no cree que debemos pasar página?

—Querida, perdí a mi hombre por una enfermedad hace

mucho tiempo. Mi hijo se marchó unos meses después —explica—. No se pasa página nunca. Esas personas seguirán estando en tu cabeza para siempre. Cuando creas que las has olvidado, volverán igual que una cicatriz que jamás se cierra.

—Yo también perdí a mi hombre... y a mi hijo. Por eso estoy aquí.

Apoya su mano en su cadera, se coloca bien las gafas y me mira con detenimiento.

—Vaya... Eres muy joven. ¿Veintisiete? —pregunta.

—Veinticinco —rectifico.

—¡Guau! En ese caso, es posible que sí necesites esta terapia para apaciguar un poco tu dolor.

—¿Puedo preguntarle por su hijo? ¿Murió?

Sonríe y da una calada. Moja la fregona y la escurre. ¿En serio se prepara para fregar con...? Por Dios, qué asquerosidad.

—No. Se marchó de casa porque no me soportaba. En cierta medida lo entiendo; yo tampoco me soporto. La muerte de su padre fue la gota que puso fin a nuestra relación de madre e hijo. Contactamos una o dos veces al año, ya sabes, Navidad, cumpleaños... Días especiales. —Empieza a fregar—. Estudió periodismo. Siempre quiso trabajar para un gran periódico o una importante web de noticias, pero, para su desgracia, terminó en una revista de prensa rosa de mierda. Al menos ha llegado mucho más lejos que yo. Si tengo que ser sincera, me alegro por él, aunque él no se alegre de sí mismo. No nos parecemos en nada, creo que solo en la adicción a fumar. —El agua apesta a fosa común—. ¡Y está hecho todo un ligón! Cada vez que hablamos tiene una amiga distinta. —Gesticula unas comillas con el palo de la fregona apoyado sobre su hombro al decir amiga—. En un principio pensaba que eran prostitutas, pero no, eran amigas, aunque no me habría parecido mal. Viviendo solo no tiene que dar explicaciones a nadie. Bueno..., realmente no vive solo. Comparte casa con ese pajero que está todo el día con los videojuegos y tocándose; es repugnante. En las últimas llamadas no me habló de él; le preguntaré a ver si sigue igual de guarro o se ha echado una novia friki. —Esto se alarga—.

También tenía un amigo desde niño que no se parecía en nada a él. Siempre estaban pegados, como uña y carne. Era muy tímido y algo seco. Alan. —Se va por las ramas y tengo que hacer que pare. La reunión va a empezar—. ¿Qué habrá sido de ese muchacho? Cuando me llame le preguntaré por él, aunque a ese chico nunca le pasaba nada. James se llama mi hijo. Está hecho un golfo el muy cabrón...

Interrumpo.

—Disculpe, señora...

—Rebeca Galvin, por mi difunto marido, Frank Galvin. Qué muerte más triste. ¡Y cómo lo echo de menos! Pasábamos el día haciendo el amor, sin parar, hasta que nació James. Qué tiempos más apasionados aquellos. —Por Dios...—. En fin, el pasado es pasado, ¿no crees? —suspira—. Todos me llaman abuela Galvin. Puedes llamarme así, querida.

Termina su segundo cigarro y lanza la colilla dentro del cubo, otra vez. No quiero imaginar cómo deben ser las profundidades de ese lago pantanoso que tiene por cubo de fregar.

—Abuela Galvin, disculpe si la interrumpo, pero llego tarde a la reunión.

Se tapa la boca.

—¡Es verdad, querida! ¡Perdona! —Me da un beso en la mejilla y quedo paralizada por la sorpresa—. Qué despistada soy. Ya hablaremos en otra ocasión.

Coge su cubo y se aparta. Mete la fregona en el agua, la escurre y... Por favor, voy a vomitar por el olor. Según me voy alejando, la escucho hablando sola. No voy a entrar en detalles, es asqueroso, pero habla con su marido; le dice que lo echa de menos y, sobre todo, recuerda los días en que una y otra vez se la...

¡Mil ciento treinta y ocho! Al fin.

Llego a la puerta que me indicó la abuela Galvin. Está abierta. Dentro, en una sala perfectamente cuadrada y gris, hay dos ventanales de casi dos metros con las persianas bajadas y sin cortinas. Hay cinco sillas ocupadas por dos mujeres y tres hombres. Al fondo, sobre una mesa, pastas y café preparados

para ser tomados. Creo que voy a confiar en la anciana y por el momento pasaré del café. Una de las mujeres, bajita, rechoncha y con gafas enormes, se levanta y me saluda.

—Debes ser Amanda. Samuel me habló de ti —me recibe—. Soy Diane. Por favor, coge una silla y ponte donde quieras.

Hay unas sillas apiladas en una de las paredes. Levanto una y me siento entre dos hombres que me hacen hueco. El de mi izquierda parece ligeramente mayor que yo, rondará los treinta. Tiene algo de sobrepeso, pero parece fuerte. Lleva ropa cara y tiene la piel muy cuidada. Es posible que se haya hecho algún tratamiento facial con cremas. Qué raro, no aparenta ser un chico de los que se cuida.

—Hola, me llamo Robbie —se presenta. Está algo asustado—. Encantado de conocerte, Amanda.

—¿Qué tal? —Estrecho su mano y sonrío.

Es fuerte y me ha hecho un poco de daño, pero mi instinto me dice que no lo ha sido a propósito y que es un tipo inofensivo.

—¿Tú a qué te dedicas? Yo soy abogado.

Te prometo que pensé que era vendedor de cómics o informático, Centinela. Habría sido un cliché demasiado obvio.

—De momento, estoy parada y recuperándome —explico—. Buscaré algo cuando me encuentre un poco mejor.

Asiente sonriendo y vuelve a conectar con el resto del grupo.

Miro a mi derecha. Un hombre maduro, de más de cuarenta años, está de brazos cruzados y no habla con nadie. Tiene un peinado oscuro muy cuidado y una barba de pocos días. Alargo mi mano para estrecharla.

—Hola, me llamo Amanda. ¿Usted es?

Gira sus ojos hasta mí.

—Wade Paxton.

Devuelve el saludo con pocas ganas.

—Es un placer, Wade.

Deja de mirarme. No parece estar de buen humor. Diane comienza la sesión de grupo.

—Bien, hoy tenemos con nosotros a Amanda.

—Hola, Amanda —saludan todos a la vez.

Les regalo una ligera sonrisa por cortesía.

—Cuando te sientas preparada, puedes contarnos lo que te pasó, ¿de acuerdo? Por ahora, tómate el tiempo que necesites para adaptarte —me aconseja Diane. Yo asiento—. Muy bien. Empezaremos por ti, Robbie.

—Bien, me llamo Robbie.

—Hola, Robbie —saludan todos a la vez de nuevo.

Escuchar todas las voces al unísono es un tanto perturbador. Parece una secta haciendo un extraño ritual para conectar con su dios imaginario. ¿Y si en realidad se están comunicando con extraterrestres para abrir un portal dimensional? Al menos sería más divertido que una soporífera sesión de grupo.

—Como ya sabéis, hace unos seis meses murió mi perro. Era la última compañía que me quedaba. Toda mi familia fue muriendo con el pasar de los años y yo no tuve hijos, así que me quedé solo. Encontré a Mario abandonado al lado de una tubería cuando no era más que un cachorro. Con los años se hizo muy grande. Lo cuidé lo mejor que supe, y a los pocos días de cumplir Mario catorce años, llegué a casa y... —solloza.

—Por Dios, Robbie —interrumpe molesto Wade—, ¡solo era un puto perro!

—¡Wade, no faltes al respeto! —ordena Diane.

—Siento haberte ofendido, pero es que me parece que exageras un poco —opina Wade—. ¿Seguro que no tienes familia? ¿Has buscado bien? Alguien debe quedar con vida. ¿Ningún tío tuyo tuvo algún hijo?

—No, al menos que yo sepa —responde Robbie.

—Wade, déjale terminar con su historia —pide Diane.

—En realidad, ya he terminado. ¡Ah, sí! Se me olvidaba. Mario murió.

Wade frunce el ceño.

—Bueno, pues pasemos al siguiente. Ian, ¿quieres compartir tu historia con nosotros?

Ian es alto y delgado, ojeroso y con la piel muy pálida. Parece una especie de Frankenstein debilucho.

—Hola, me llamo Ian.

—Hola, Ian.

Otra vez, saludan todos a la vez.

—Hace poco mi mujer me dejó. No en sentido literal, no ha muerto. Se fue con su mejor amigo de la infancia, un tipo bajito.

—Creo que desde su punto de vista todos debemos ser bajitos; este tipo mide más de dos metros—. Me cuesta aceptarlo, pero la comprendo; él está en mejor forma física que yo. La noche antes de irse me echó en cara que en la cama él conseguía que ella se corriera cada vez que lo hacían.

—Ian... ¿Qué fue lo que hablamos? —dice Diane molesta, mirando de reojo como una profesora cuando un alumno ha dicho una palabrota.

—Perdón, que ella llegara al orgasmo —corrige—. Dijo que hacerlo conmigo era como hacerlo con un armario muy pesado, pero con una manecilla muy pequeña. —Wade ríe durante un segundo y rápidamente se tapa la boca y se disculpa—. Yo la sigo amando. Sueño con ella a menudo, conservo sus fotos y...

Parece que le cuesta hablar.

—Sigue, Ian. No tienes que avergonzarte de nada —dice Diane.

Ian traga saliva.

—Me masturbo viendo sus fotos un par de veces al día.

Wade rompe en una escandalosa carcajada. Me ha pegado la risa un poco y yo también tengo que taparme la boca. Me siento mal por reírme.

Vale, sé lo que piensas, Centinela. Soy una mentirosa. No me siento mal, es gracioso.

—¡Wade! —riñe Diane—. ¡Si vuelves a reírte, te expulsaré como si fueras un niño!

—Perdón, perdón. —Se disculpa otra vez y me mira con una sonrisa aún en la boca—. Me ha hecho gracia la palabra masturbarse. Perdona, Ian, no pretendía reírme de tu problema, es algo muy natural y los expertos aseguran que mejora la circulación y previene la caída del cabello, aunque eso lo pongo en duda porque tengo un primo con alopecia que se pasaba el día

encerrado en el baño.

—Wade..., cállate de una vez —pide Diane, enfadada.

—Vale, vale. —Hace el gesto de cerrar su boca con una cremallera invisible, girar la llave y tirarla.

—Bien, ¿algo más que quieras contarnos? —pregunta Diane a Ian.

—No, me parece que ya he tenido suficiente sesión por hoy.

—Carrie, ¿quieres hablar tú?

Pasa el turno a una chica muy seria, con diminutas gafas, el pelo ondulado y negro como el vacío. Me parece que tiene la misma edad que Robbie. Lleva un vestido con falda larga y ajustada que la hace parecer mayor. Está de brazos y largas piernas cruzadas. Parece una mujer rica de los años veinte; solo habría que añadir un cigarro en boquilla.

—Hola, me llamo Carrie —se presenta inexpresiva.

Su voz es ligeramente grave y autoritaria, como si estuviera aquí por obligación. Robbie e Ian la están mirando de forma ¿incómoda? No, los observo con más atención y lo que aquí ocurre es que sienten cierta atracción por ella. Reconozco que tiene un aire aristocrático, seductor, similar a una bibliotecaria misteriosa o una profesora culta.

Wade tiene la misma mirada que cuando entré. Parece que esta mujer no le interesa lo más mínimo. ¿Demasiado joven para él?

—Hola, Carrie.

Como no, otra vez, todos a una.

—Hace un mes, como bien sabéis, murió mi tortuga —explica Carrie.

Wade se cubre la cara, indignado.

—¡Vete a la mierda! —insulta a Carrie—. ¡Eres veterinaria! ¿En serio te afecta la muerte de una tortuga?

—¡La abandonó su dueña en mi consulta y la cuidé, maleducado!

Diane se levanta de su asiento y le amenaza.

—¡Wade, o dejas de faltar al respeto, o te marchas de aquí!

—¡No puedes echarme, he pagado las cuotas! —corrige.

—¿De qué cuotas hablas? ¡Esto es gratuito! ¿Por qué crees que el edificio está tan deteriorado? ¡Está subvencionado, aunque con un presupuesto de mierda! —Se pone roja y parece que su cabeza va a explotar—. ¡No funciona el aire acondicionado, el agua deja el café imbebible, las fosas sépticas están tan desbordadas que ni las ratas sobreviven, y la mujer de la limpieza huele... agria, ensucia más de lo que limpia, y debería haberse jubilado hace décadas! —Toma aire y cierra los ojos. Inspira y espira para calmarse—. Has conseguido que me altere otra vez. ¿Estás satisfecho? Por favor, cállate y habla solo en tu turno.

Wade la mira fijamente.

—Diane..., ¿has dicho que es gratuito? —pregunta.

—Sí, Wade. Totalmente.

—Entonces..., ¿en qué cuenta estoy ingresando las cuotas?

Diane se sienta y se relaja un poco.

—Tú sabrás, ese es tu problema. Si te vas a quedar, al menos estate calladito y no faltes al respeto. Ahora pide disculpas a Carrie, por favor.

—Carrie, discúlpame.

No parece sincero y creo que Carrie se ha dado cuenta.

—Wade, no seas condescendiente, no es necesario que te disculpes conmigo. De los aquí presentes eres el que lo ha pasado peor. Perdiste a tu mujer en aquella explosión. Comprendo que estés así; yo también estaría enfadada si tuviera que vivir a dos calles de la supuesta asesina de mi pareja.

—Carrie... —murmura Diane, molesta.

—¿Carrie, qué? —increpa—. Yo le creo, Diane.

¿Perdón? ¿A dos calles de quién? ¿Qué me he perdido? ¿Tú entiendes algo, Centinela? Creo que los dos estamos igual, algo desconcertados.

—Wade, disculpa, ¿cuándo fue la explosión? —pregunto.

—Hace seis meses —dice Wade—. Mi mujer tomaba un café mientras me esperaba. Murió al instante.

Vaya, qué casualidad.

—Yo perdí a mi marido en esa explosión, también a mi hijo,

y... la memoria. Recuerdo el amor que sentía por ellos, sus nombres..., pero no lo que vivimos juntos. Solo tengo visiones de ese día, de gente muriendo, fuego y dolor; nada más. Es confuso y desesperante. Tengo que tomar unas pastillas para intentar calmar la ansiedad y recuperar la memoria.

Los ojos de Wade se compadecen de mí.

—Vaya, niña. Lo siento —dice—. Eres muy joven para pasar por todo eso. ¿Cuántos años tienes? ¿Lo recuerdas?

—Sí. Tengo veinticinco.

—¿Perdiste la memoria por darte un golpe debido a la explosión?

—No, la perdí por un acontecimiento muy traumático. El doctor me dijo que se llama amnesia disociativa. Las personas que padecemos este trastorno solemos recuperar la memoria, pero no se puede saber cómo ni cuándo; necesitaré tiempo y terapia.

—No lo comprendo. Si perdiste la memoria por un acontecimiento traumático, deberías haber olvidado la explosión, no el resto de tu vida.

—Eso mismo pienso yo.

—Me entristece tu historia, niña, pero me alegra tener aquí a alguien que al menos me pueda entender.

—Gracias, Wade. ¿Puedo llamarte Wade?

Ríe.

—Claro, Amanda, tranquila. Puedes llamarme Wade. Señor Paxton parece el nombre de un mayordomo viejo.

—Carrie ha dicho que vives a dos calles de la asesina.

Wade se frota la mejilla y Diane frunce el ceño.

—Wade, no deberías... —sugiere Diane.

—Ella también perdió a alguien el mismo día que yo. Tiene derecho a saberlo —opina Wade.

—No, aquí no hablamos de ese tema —rectifica Diane, enfadada—. Además, los testigos y las evidencias no corroboraron lo que viste. Ya se encerró al chiflado que lo hizo.

Wade acerca sus labios a mi oído.

—Luego hablamos fuera —me susurra.

—¡Wade!

—¡Tranquila, Diane! ¡No le he dicho nada depravado! ¡Para mí es una niña!

—Me ha dicho que hoy está usted guapa y que huele muy bien —miento.

Wade levanta su dedo pulgar por debajo de su brazo, aprobando mi mentira sin que Diane se entere.

—Vaya... Gracias, Wade. Ojalá fueras más amable de vez en cuando —agradece Diane, sonrojada—. Amanda, permíteme decirte que eres muy valiente. —Se levanta—. Bien, por hoy ya es suficiente. Recordad que la siguiente sesión es la semana que viene, el mismo día y a la misma hora. Si pudierais traer bebida de casa para compartirla, os lo agradecería. El café..., ya sabéis.

Todos nos levantamos y recogemos nuestras cosas para marcharnos. Queremos volver a casa y descansar, sin embargo, algo en la puerta nos deja petrificados, absortos ante una amenaza que nos observa y maldice. Sus ojos, furiosos, atraviesan nuestra alma.

—¡Qué asco te tengo, Diane! —exclama la abuela Galvin, sujetando la fregona con una mano y el cubo con la otra, quemando un cigarro poco a poco. Su media sigue caída—. ¡Con lo bien que le hablé a la nueva de ti y tú me tratas así! ¡Te puse en un maldito altar, zorra desagradecida!

Se refiere a mí, la nueva. Si rebobinas un poco, Centinela, comprobarás que no me habló bien de ella.

—¿Cuánto tiempo hace que estás en la puerta? —pregunta Diane.

—¡Desde que dijiste que huelo agria y que debería haberme jubilado hace milenios!

—Disculpe, abuela Galvin. Debo corregirla. Diane no dijo milenios, dijo décadas —rectifica Carrie.

—¡Cállate, maestra tortuga! —ordena la anciana.

—La abuela Galvin cree que Carrie es maestra por su forma de hablar —me explica Wade al oído—. Eres muy joven para entender la referencia, pero es muy gracioso.

—¿Qué referencia? —pregunto.

—Es por el maestro de artes marciales de una serie de dibujos de los años ochenta y... —explica Wade y yo estoy confusa—. Déjalo. Te lo explicaré otro día.

—¡Y salid todos fuera de una puta vez, que tengo que fregar todo esto!

—¿Con esa agua? Señora, no la cambia desde hace por lo menos una semana —comenta Robbie—. ¿No cree que ya es hora de...?

—¡¡Que salgáis ya!!

El cigarrillo, que sigue encendido, salta de su boca por el grito y cae dentro del cubo. Hay tantos amontonados dentro que el último en llegar no se hunde.

Hacemos caso y nos marchamos.

Todos están en la puerta de la calle, despidiéndose. Empieza a anochecer ligeramente.

—Me caes bien, niña. Te pareces a mí —dice Wade detrás—. Creo que tienes derecho a saber más acerca de ese día.

Me giro y, efectivamente, está detrás.

—¿Soy como tú? ¿En qué sentido?

—Lo de pasar página te parece una basura igual que a mí. —Creo que tiene razón—. Vamos, te invito a tomar un café como Dios manda. En esa esquina hay una cafetería.

—Café, ¿a estas horas?

—O un refresco, lo que tú quieras. Y si no quieres tomar nada, también me vale; menos me gustaré.

—No tendrás tanta suerte —me burlo—. Bien, tú ganas.

Entramos en la citada cafetería de la esquina. Es un local modesto. Hay cinco mesas pequeñas con dos o tres sillas cada una, y todas dentro, ninguna en la calle. Está pintado de marrón café y decorado con grandes cuadros de madera que contienen fotos en blanco y negro. Apenas hay un par de personas más; un hombre con traje y maletín, aparentemente un vendedor comercial de seguros, sorbiendo café y mirando el móvil, y una chica de mi edad escribiendo en un portátil y tomando una cerveza sin alcohol con pinta de estudiante o escritora, quién sabe. En la barra hay todo tipo de bollería, algo más recomendable

para pedir a la hora del desayuno. Yo pido un café con leche y sacarina, y Wade un café solo.

Sé lo que piensas, Centinela. ¿Y si Wade resulta ser un asesino o un psicópata? Yo también lo he pensado, pero pasó por lo mismo que yo y por eso le daré una oportunidad. Además, estamos en una cafetería pública con cámaras de seguridad; dudo mucho que haga algo raro.

—¿Y bien? —lanzo la pregunta—. ¿Qué me querías contar?

—El día de la explosión iba a recoger a mi mujer al terminar su turno, como siempre. Ella trabajaba en un almacén de ropa. Yo estaba en el parking cuando vi a una pareja en un coche, discutiendo. Obviamente, en ese momento no llamaron mi atención, muchas parejas discuten, es algo común, pero los vi claramente y tengo mucha memoria para las caras. Cuando la explosión ocurrió, yo estaba a pocos metros. Sentí el calor del fuego, pero por suerte no me pasó nada; estaba a una distancia segura y no recibí ningún tipo de daño. En un instante llegó el caos. La gente corría de un lado para otro, llamando a la policía y a la ambulancia. Los cuerpos de seguridad del centro comercial contuvieron a la gente que quería saber qué había pasado. —Traen nuestros cafés y bebemos un poco—. Los nombres de las víctimas fueron un secreto judicial, en las noticias no dieron ninguno. Ni nombres ni datos. Todo quedó en secreto por respeto a las familias. Si no recuerdo mal, murieron unas diez personas y, por lo que parece, entre ellos estaban tu marido y tu hijo. Fui al juicio a declarar, pero no me creyeron. Las cámaras de seguridad grabaron al hombre del coche colocando la maleta, solo al hombre, el mismo cabrón que vi en el aparcamiento. Él confesó el atentado y declaró que lo hizo por una voz que había en su cabeza o no sé qué mierda se inventó. El responsable se llama Bill Baker y su mujer Ellen Baker. Él fue al centro de salud mental, pero la mujer no. Las cámaras no pudieron grabarla, no salió del coche. Caso cerrado, pero yo la vi. Ella es tan culpable como él porque sabía lo que iba a pasar. Estoy seguro de que su marido lo hizo por alguna extraña razón y cuando confesó que escuchaba esas voces mintió. Encima, ella vive a dos calles de mí y nos cruzamos inevitablemente de vez

en cuando. Creí que haciendo terapia estaría mejor, pero no, pasar página no va conmigo.

—Vaya... ¿Por eso tratas así a los demás?

Da un pequeño sorbo.

—No, el motivo de mi comportamiento no tiene nada que ver.

Da otro sorbo.

—Deberías hacer algo que te motive a seguir adelante, Wade. Algún tipo de proyecto.

—Niña, tengo cuarenta y nueve años; no me vengas con la mierda de que nunca es tarde para seguir adelante..., siempre se puede mejorar... No creo en esas chorradas, y menos a mi edad.

—Tú mismo. —Termino mi café y me levanto—. Ha sido un placer conocerte. Nos vemos en la próxima sesión, Wade.

Coge mi mano para retenerme.

—Espera un momento. Acabo de contarte que una cómplice de la muerte de tu familia está en esta ciudad y vive cerca de mi casa. ¿No harás nada?

—¿Qué quieres que haga?

—Pues no lo sé. ¿Darle una lección?

Me hace gracia. Está un poco desquiciado y es un tanto raro, pero inexplicablemente me cae bien.

—Voy a tomarme lo que acabas de decir como una absurda broma —me despido—. Me voy a casa, que se hace tarde.

—Podríamos unir fuerzas para demostrar que Ellen Baker estaba presente.

—Wade, solo tú la viste. Me vas a disculpar, pero no sé si creerte. Y aunque fuera verdad, ¿qué podemos hacer? El caso se cerró y no tienes ninguna prueba más. No tienes grabaciones ni fotos.

Wade me suelta.

—Tienes razón —se lamenta—. No te molesto más. Solo te pido que apuntes mi móvil por si cambias de opinión o llegas tarde a terapia.

—Está bien, pero no te daré el mío. Nos acabamos de conocer y si te enamoras de mí no quiero que me acosas con mensajes guarros —bromeo—. Podrías ser mi padre.

Pone ambas manos sobre la mesa y se levanta.

—Disculpa, niña. Si hubiera tenido una relación sexual en una fecha concreta, matemáticamente podría ser hasta tu abuelo. —Los otros dos clientes y la camarera nos miran raro—. Tranquilos —les dice—, solo era una suposición, con una broma escondida.

—Dime tu número y olvida a Ellen, por favor. —Me lo dice y lo apunto en mi móvil—. Hasta la semana que viene, Wade. El café ha estado muy... Solo ha sido un café, no puedo decir maravillas de él, pero te lo agradezco.

Se despide con un saludo marcial acompañado de una ligera reverencia.

—Namaste, Amanda.